

## Conclusión

A pesar de su complejidad, o quizás a causa de ella, el Pentateuco es un texto fascinante. Después de haber estudiado cumplidamente su génesis, ha llegado el momento de contemplar, por un instante, la arquitectura de la ciudad tal como está, ahora, delante de nuestros ojos.

Tenemos que afrontar una última cuestión: ¿es posible encontrar un hilo conductor en este abigarrado paisaje? ¿O bien hace falta decir que es imposible hablar de la «forma final» del texto porque nunca ha existido y porque nadie ha querido darle un toque definitivo?<sup>1</sup>

Al menos, y llegados a este punto, podemos dar por descontado en la investigación un resultado: el Pentateuco no es la obra de un solo autor que lo escribió en un lapso de tiempo relativamente breve.

Tampoco ha sido redactado por una sola escuela de autores, en una época determinada, con un objetivo bien definido y en un único estilo claramente reconocible.

El Pentateuco está compuesto, y sobre este punto no puede existir la más mínima duda. Otro problema, y muy diferente, es la cuestión siguiente: ¿cómo afirman algunos denominados paladines de las lecturas sincrónicas y canónicas, a pesar

<sup>1</sup> E. Blum, «Gibt es die Endgestalt des Pentateuch?», *Congress Volume Leuven 1989* (ed. J. A. Emerton) (VTS 43; Leiden 1991) 46-57; cf. *id.*, *Studien*, 361-382.

de todas las «fisuras» del texto, es posible descubrir su unidad literaria?

El texto está compuesto, pero sería compuesto con gran arte y grandísima dilección<sup>2</sup>. Hay muchos arquitectos, pero la arquitectura sería una sola. El edificio final sería el fruto de un trabajo común, sobre la base de un solo plano. ¿Existe o no existe la unidad en el Pentateuco? Quizás, la pregunta, formulada en estos términos, encubre una falsa alternativa. Existen numerosas soluciones a la cuestión, y no sólo un “sí” o un “no” perentorio.

La diversidad de materiales reunidos en la composición del Pentateuco impide hablar de «unidad» sin definir en seguida este concepto. Debemos formular la pregunta de un modo diferente: ¿existe la voluntad de organizar los materiales según algunos principios simples? Los últimos redactores del Pentateuco han querido respetar las tradiciones transmitidas a lo largo del tiempo y no las han retocado. Pero —y es el interrogante a plantear por ahora— quizás las han integrado de una manera orgánica, con un objetivo preciso.

Si, como hemos visto en el capítulo precedente, el Pentateuco ha nacido en la comunidad postexílica que se ha reedificado en torno al templo de Jerusalén, con el apoyo y la colaboración de dos instituciones principales, los sacerdotes y los ancianos, se podría obtener de la estructura global algo de la identidad de esa comunidad.

La imagen, quizás, desde algunos ángulos resulte desenfocada, aunque debe ser reconocible. La comunidad postexílica no podía fundar su existencia en un documento contradictorio, al menos en sus puntos esenciales. Podía admitir diferencias en los detalles, pero no sobre aquello que definía la identidad del pueblo de Israel. Por ejemplo, no era posible encontrar en el Pentateuco dos órdenes de personajes que se disputasen el privilegio de ser los antepasados de Israel. Hay un solo mediador entre YHWH y su pueblo, un único «fundador» de Israel; es decir, Moisés.

<sup>2</sup> Véase, por ejemplo, D. J. A. Clines, *Theme*, 5: «I am arguing that the Pentateuch is a unity –not in origin, but in its final shape»; P. R. Noble, «Synchronic and Diachronic Approaches to Biblical Interpretation», *Literature and Theology* 7 (1993) 130-148.

La legislación contiene un gran número de leyes. Sin embargo, su origen es único y común a todas: todas han sido promulgadas por el mismo YHWH y transmitidas por el mismo Moisés al mismo Israel en el monte Sinaí/Horeb, o durante la permanencia en el desierto. Llevan el mismo sello y se remontan al mismo «período simbólico» de la historia.

Israel tiene un solo legislador porque tiene un solo Dios. Por este motivo, hace falta afirmar que existe una unidad de pensamiento en el Pentateuco. Esta unidad no excluye –al contrario, más bien, incluye– la variedad y diversidad de concepciones particulares.

El Pentateuco es un «compromiso» entre varias tendencias y, como todo compromiso, debe tener en cuenta las diferentes perspectivas<sup>3</sup>. Por lo demás, si es un compromiso, también significa que los distintos grupos han llegado a un «acuerdo» suficiente para poder elaborar un documento común y erigir juntos, sobre esa base, la comunidad postexílica.

¿Cuáles son los fundamentos de esta obra? Gn 1-11 abre el «telón de fondo» desde una perspectiva universal. Gn 12-50 define a Israel a partir de sus antepasados<sup>4</sup>. Cuando este último ha alcanzado el nivel de pueblo numeroso (Ex 1,1-7), Éxodo-Números y Deuteronomio fundan su existencia en la alianza, respuesta y empeño libre de un pueblo soberano ante un Dios libertador.

En esta constitución emergen algunos elementos primarios: la ley, el culto y la tierra. Con bastante frecuencia se suelen oponer estos tres elementos. Conocemos bien las antítesis ley/profetas y ley/evangelio. También es frecuente decir que la tradición sacerdotal no está interesada en la tierra, sino sólo en el templo. Por eso, el relato sacerdotal debería concluir en Ex 40<sup>5</sup> o Lv 9<sup>6</sup>.

<sup>3</sup> La palabra «compromiso» es utilizada por E. Blum, *Studien*, 358; R. Albertz, *Religionsgeschichte 2*, 501 [Traducción castellana: *Historia de la religión de Israel en tiempos del Antiguo Testamento 2: Desde el exilio hasta la época de los Macabeos* (Madrid 1999)]; E. Zenger, *Einleitung*, 42.

<sup>4</sup> Véase, entre otros, E. Blum, *Komposition*, 505-506, y los estudios de A. de Pury citados en los capítulos anteriores.

<sup>5</sup> T. Pola, *Priesterschrift*.

<sup>6</sup> E. Zenger, *Einleitung*, 94-96.

El Deuteronomio se preocupa de la tierra, no el relato sacerdotal. ¿Hay que oponer entonces el culto a la tierra?

En mi opinión, nuevamente se trata de una falsa alternativa. La discusión de este problema quisiera ser una de las últimas contribuciones de esta introducción. Por el momento, prescindimos del hecho de que la tierra esté presente en la teología del relato sacerdotal a partir de Gn 17.

Concentramos el análisis en la teología de la «tienda del encuentro» y las instituciones cultuales de P para ver si pueden ser concebidas sin referencia a la «tierra». La respuesta es negativa. La tienda como tal es una construcción provisional, hecha para viajar. Se desplaza, como el pueblo en el desierto, para poder alcanzar la meta final del viaje, es decir, la tierra.

Los añadidos tardíos de Ex 40,36-38 evidencian la estrecha relación entre tienda y viaje. La «nube» se encuentra sobre la «tienda» o «morada» y capitanea desde esta posición todos los movimientos del pueblo.

Este aspecto no está ausente del susodicho relato sacerdotal. El cometido de los levitas (Nm 4) consiste en transportar la tienda y los objetos sagrados. Nm 10,11-12, atribuido habitualmente al relato sacerdotal y, de todas formas, de origen sacerdotal, describe la primera salida de Israel después de la construcción de la tienda. La orden la da la nube; por tanto, el culto es un culto de un pueblo «en camino», un *populus viatorum*. Como el resto del Pentateuco, el relato sacerdotal se extiende hacia el futuro y despliega una «teología de la esperanza».

Todo el Pentateuco está orientado hacia la tierra. YHWH le promete a Abrahán en Gn 12,1 que se la mostrará: «Vete a la tierra que yo te mostraré». Al final del Pentateuco, el mismo YHWH hace subir a Moisés al monte Nebo para «mostrarle» la tierra en la que Israel todavía no ha entrado, y donde el más grande de los profetas no entrará (Dt 34,1)<sup>7</sup>. La inclusión es significativa. La tierra es una preocupación permanente en el Pentateuco. Moisés muere y Josué llevará a término la obra iniciada. El Pentateuco es, en este sentido, una «sinfonía incompleta».

<sup>7</sup> Véase E. Zenger, *Einleitung*, 36.

Para los judíos, tiene que venir un día un Mesías que reúna a todos los miembros del pueblo y funde un «reino» de paz que no tendrá fin.

Para los cristianos, Josué es Jesús —Josué es la forma hebrea y Jesús es la forma aramea del mismo nombre—. Por esta razón, los evangelios empiezan en las márgenes del Jordán, donde Moisés ha muerto y donde comienza la misión de Josué. Jesús es aquel que, en la fe cristiana, hace atravesar el Jordán para entrar en el «reino».

La conclusión del Pentateuco queda abierta. Judíos y cristianos leen los mismos cinco libros. Pero se separan cuando se trata de interpretar la conclusión de esta espléndida obra literaria. Sin embargo, la división es, quizás, menos grave de cuanto puede parecer a primera vista.

También el Nuevo Testamento tiene una estructura abierta: concluye con un grito de llamada al Mesías para que vuelva. El Mesías que todavía tiene que venir para los judíos debe volver un día para los cristianos. Todos viven en la esperanza, que es también la última palabra del Pentateuco.